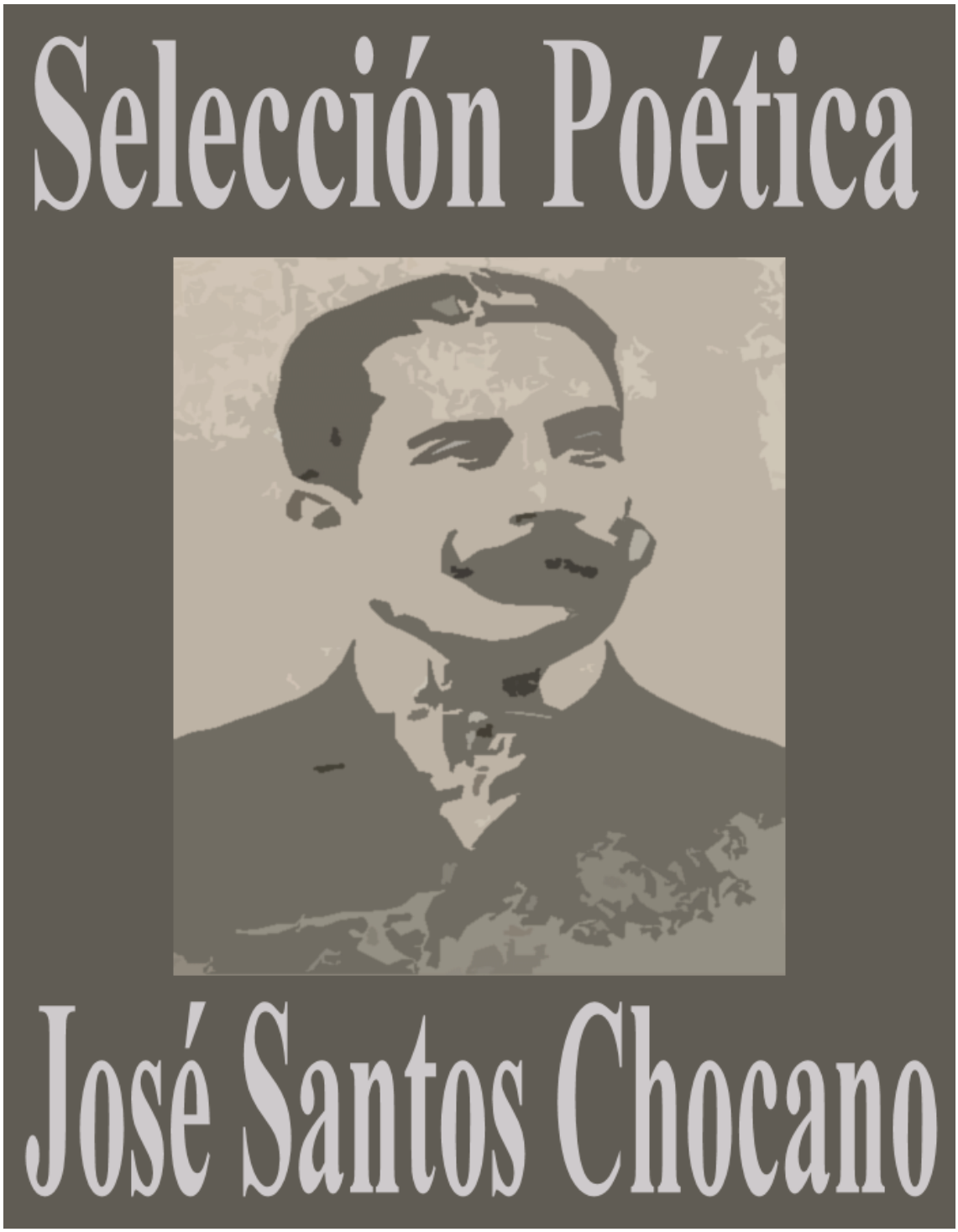
Selección poética
José Santos Chocano



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

¡AREMOS EN EL MAR!

Los que trabajamos por la libertad
de América, hemos arado en el mar...
BOLÍVAR

Héroe que en cien combates bravamente has luchado
y hoy arrastras tu angustia trémulo y mutilado,
con el Hambre a la puerta llamando de tu hogar,
sin que la trompa épica haga sonar tu nombre,
cadáver insepulto, vivo pedazo de hombre:
¡tú has arado en el mar... !

Apóstol que anunciaste tu evangelio a las gentes,
que, cuando no contrarias, fuéronte indiferentes...
(¡Oh el inútil derroche de tu vida ejemplar!)
Rey del cetro de caña coronado de espinas,
que sobrevives como fantasma de tus ruinas:
¡tú has arado en el mar...!

Artista que en tu sangre mojaste los pinceles,
con tu corazón diste martillo a los cinceles
o pusiste hechos cuerdas tus nervios a vibrar,
-pintor, escultor, músico- artista, siempre artista,
dedicado a la gracia de tu propia conquista:
¡tú has arado en el mar...!

Poeta que Arte hiciste de tu vida y, por modos
diversos, te apartaste de la vida de todos,
consagrándote, en lucha con el odio vulgar,
a encender fantasías y a exaltar corazones,
hasta quedar exhausto de cantar tus canciones:
¡tú has arado en el mar...!

Héroe, Apóstol, Artista, Poeta -sin que nada
nos importe el dios Éxito y puesta la mirada
en la Gloria doliente de belleza sin par-,
embarquémonos todos en un solo navío,
luciendo en proa un lema que sea un desafío:
-¡Aremos en el mar...!

ABNEGACIÓN

Ya sé yo que me has dado cuanto darme podías,
sin tener la esperanza de una compensación,
mientras que las mujeres que han ido siendo mías
han recibido en pago siquiera una canción...

¡Ni una canción me pides! Todas mis poesías
no valen la tragedia muda de esta pasión,
con que en la copa amarga de mis melancolías
el lirio has deshojado que hay en tu corazón...

Te me entregaste sólo como a los peregrinos
se entregaban las ninfas en los viejos caminos:
¿no soy yo un alma errante que hace su vida a pie?

Si por vencerte empiezo, por rendirme concluyo...
¡Pues que libre me dejas, sólo quiero ser tuyo!
¡Pues que nada me pides, todo te lo daré!

BLASÓN

Soy el cantor de América autóctono y salvaje:
mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.
Mi verso no se mece colgado de un ramaje
con un vaivén pausado de hamaca tropical...

Cuando me siento Inca, le rindo vasallaje
al Sol, que me da el cetro de su poder real;
cuando me siento hispano y evoco el Coloniaje,
parecen mis estrofas trompetas de cristal.

Mi fantasía viene de un abolengo moro:
Los Andes son de plata, pero el León de oro;
y las dos castas fundo con épico fragor.

La sangre es española e incaico es el latido;
¡y de no ser Poeta, quizás yo hubiese sido
un blanco Aventurero o un indio Emperador!

CINEGÉTICA

Montañesa: entré a cazar
en tu bosque y me perdí.
Por tres noches no dormí,
caminando sin cesar
y pensando sólo en ti.

La primera noche yo
vi un extraño no sé qué,
que en el musgo resbaló:
era un boa que pasó
restregándose en mi pie.

La segunda noche vi
el revuelo de un cóndor,
y en las sombras distinguí
que, sin duda para ti,
en su pico iba una flor.

La tercera noche fue
la que me hizo suspirar.
Cuando menos lo pensé,
un zarpazo de jaguar:
en el pecho se me ve.

Montañesa: herido estoy,
Las heridas son por ti.
Tres amantes tienes hoy;
y, de celos ya no soy
ni la sombra del que fui.

¡Ah! No vayas a pensar
que a tu bosque he de volver.
¡Más terrible suele ser
que una zarpa de jaguar
una mano de mujer!

DE VIAJE

Ave de paso,
fugaz viajera desconocida:
fue sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;

duró un instante, de los que llenan toda la vida.

No era la gloria del paganismo,
no era el encanto de la hermosura plástica y recia.
Era algo suave, nube de incienso, luz de idealismo.
¡No era la Grecia:
era la Roma del Cristianismo!

Ida es la gloria de sus encantos;
pasado el sueño de su sonrisa.
Yo lentamente sigo la ruta de mis quebrantos;
ella ha fugado como un perfume sobre una brisa.

¡Quizás ya nunca nos encontremos:
quizás ya nunca veré a mi errante desconocida:
quizás la misma barca de amores empujaremos,
ella de un lado, yo de otro lado, como dos remos,
¡toda la vida bogando juntos y separados toda la vida...!

EL MADRIGAL DE LAS ROSAS

Vi yo que sobre el pecho tenías una rosa;
e imaginé que tú eras un ramo que surgía
de un cáliz de alabastro, y en él se convertía
cada uno de tus ojos en una mariposa.

Rayos de sol tejieron tu cabellera undosa,
y, así, bajo tu cutis se transparenta el día;
por eso es que la rosa ceñirte parecía
en torno de una estatua de nieve ruborosa.

Estatua que apareces nimbada por un astro,
con cara hecha de rosas y cuerpo de alabastro,
en un jardín de plata, bajo un temblor de luna:

al ver al rosa encima del busto de carrara,
pensé yo que del ramo de rosas de tu cara
se había desprendido sobre tu pecho una...

EL RAYO

Madre haraposa: tú que a las puertas
vas con las manos siempre tendidas,
y hallas las arcas siempre desiertas
y las conciencias siempre dormidas;

tú que, en la alforja de tu miseria,
vas recogiendo los desperdicios,
que, en el naufragio de cada feria,
sobre las playas echan los vicios;

tú eres la hija del que, en la guerra,
se armó soldado, vibró su acero,
rodó en la lucha, se hundió en la tierra...
¡y hoy nadie sabe si fue guerrero!

Tú eres la hermana del que, en los dientes
del engranaje, cayera un día,
las ruedas fueron indiferentes;
pero, los hombres ¡más todavía!

Tú eres la viuda del que, al abrigo
del Sol, muriera sobre el arado:
hoy todos comen pan de su trigo;
tú no lo comes, ¡ y él lo ha sembrado!

En las entrañas, como un consuelo,

guardas un hijo del muerto esposo...
Nube de harapos: ¡piensa en el cielo,
pero en el cielo más tempestuoso!

No será tu hijo tierno querube,
copa de mieles, ni flor de mayo...
Madre haraposa: tú eres la nube,
¡y en las entrañas tienes el rayo!

EL ROMANCE DE LA FELICIDAD

Felicidad: yo te he encontrado
más de una vez en mi camino;
pero al tender hacia ti el ruego
de mis dos manos... has huído,
dejando en ellas, solamente,
cual una dádiva, cautivo
algún mechón de tus cabellos
o algún jirón de tus vestidos...

Tanto mejor fuera no haberte
hallado nunca en mi camino.
Por ser tu dueño, siento a veces
que no soy dueño de mí mismo...
Toda esperanza es un engaño;
todo deseo es un martirio...

Felicidad: te vi de cerca;
pero no pude hablar contigo.

Ya voy sintiéndome cansado...
Cuando en la orilla del camino
me siento a ver pasar a muchos
que hacia ti vayan cuál yo he ido,
tal vez te atraiga mi reposo,
mi displicente escepticismo,
mi resignada indiferencia,
mi corazón firme y tranquilo;
y, paso a paso, a mí te acerques,
sin que yo llegue a percibirlo,
y, al fin, sentándote a mi lado,
hablarme empieces: -Buen amigo...

¿Será mejor el no buscarte?
¿Será mejor el ser altivo
en la desgracia y no sentirse
juguete vil de tus caprichos?

Yo sólo sé que cuantas veces
con más afán te he perseguido,
más fácilmente, hacia más lejos,
más desdeñosa, huir te he visto.
Yo sólo sé que cuantas veces
tornó perfil un sueño mío,
Felicidad, te vi de cerca,
pero no pude hablar contigo...

EL SUEÑO DEL CAIMÁN

Enorme tronco que arrastró la ola,
yace el caimán varado en la ribera:

espinazo de abrupta cordillera,
fauces de abismo y formidable cola.

El sol lo envuelve en fúlgida aureola;
y parece lucir cota y cimera,
cual monstruo de metal que reverbera
y que al reverberar se tornasola.
Inmóvil como un ídolo sagrado,
ceñido en mallas de compacto acero,
está ante el agua extático y sombrío,

a manera de un príncipe encantado
que vive eternamente prisionero
en el palacio de cristal de un río...

LA CANCIÓN DEL CAMINO

Era un camino negro.
La noche estaba loca de relámpagos. Yo iba
en mi potro salvaje
por la montaña andina.
Los chasquidos alegres de los cascos,
como masticaciones de monstruosas mandíbulas,
destrozaban los vidrios invisibles
de las charcas dormidas.
Tres millones de insectos
formaban una como rabiosa inarmonía.

Súbito, allá, a lo lejos,
por entre aquella mole doliente y pensativa de la selva,
vi un puñado de luces como tropel de avispas.
¡La posada! El nervioso
látigo persignó la carne viva
de mi caballo, que rasgó los aires
con un largo relincho de alegría.
Y como si la selva
lo comprendiese todo, se quedó muda y fría.

Y hasta mí llegó, entonces
una voz clara y fina
de mujer que cantaba. Cantaba. Era su canto
una lenta... muy lenta... melodía,
algo como un suspiro que se alarga
y se alarga y se alarga... y no termina.

Entre el hondo silencio de la noche,
y a través del reposo de la montaña, oía los acordes
de aquel canto sencillo de una música íntima,
como si fuesen voces que llegaran
desde la otra vida...

Sofrené mi caballo:
y me puse a escuchar lo que decían:

- Todos llegan de noche,
todos se van de día...

Y, formándole dúo,
otra voz femenina
completó así la endecha
con ternura infinita:

- El amor es tan sólo una posada
en mitad del camino de la Vida...

Y, después, las dos voces
a la vez repitieron con amargura rítmica:

- Todos llegan de noche,
todos se van de día...

Entonces, yo bajé de mi caballo
y me acosté en la orilla
de una charca.
... Y fijo en ese canto que venía
a través del misterio de la selva,
fui cerrando los ojos al sueño y la fatiga.

Y me dormí arrullado; y, desde entonces,
cuando cruzo las selvas por rutas no sabidas,
jamás busco reposo en las posadas
y duermo al aire libre mi sueño y mi fatiga,
porque recuerdo siempre
aquel canto sencillo de una música íntima:

- Todos llegan de noche,
todos se van de día...
El amor es tan sólo una posada
en mitad del camino de la Vida...

LA MAGNOLIA

En el bosque, de aromas y de músicas lleno,
la magnolia florece delicada y ligera,
cual vellón que en las zarzas enredado estuviera
o cual copo de espuma sobre lago sereno.

Es un ánfora digna de un artífice heleno,
un marmóreo prodigio de la Clásica Era;
y destaca su fina redondez a manera
de una dama que luce descotado su seno.

No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto,
Hay entre ella y la luna cierta historia de encanto,
en la que una paloma pierde acaso la vida;

porque es pura y es blanca y es graciosa y es leve,
como un rayo de luna que se cuaja en la nieve
o como una paloma que se queda dormida...

LA NOVIA ABANDONADA

Todas las tardes llega la novia abandonada
a sentarse en la orilla del mar; y la mirada
fija en un punto como si no mirase nada,

mientras que el mar, al son de su eterna canción,
hincha y rompe las olas de peñón en peñón
como un niño que juega con pompas de jabón.

Los ojos de la novia preguntan por la vela,
que traerá al prometido... Y el llanto los consuela...
Y el alma sigue el rumbo de un pájaro que vuela.

No en vano son azules sus ojos: tal inspiran
dulces y perfumados ensueños. Cuando miran,

los ojos negros hablan;h los azules suspiran...
Los niños en la playa corren. La novia apenas
recoge ávidamente, con las pupilas llenas
de lágrimas, el brillo de las tardes serenas.

Los niños en la playa corren a su placer;
y la pálida novia se distrae con ver
un barco que anda como si fuese una mujer...

Sufre con el recuerdo de aquel lejano viaje
de su novio a las tierras del Sol, de donde el traje
de bodas vendrá un día: la espuma es el encaje.

Pero, también ¡quién sabe! teme para su mal
que le arrojen las olas un anuncio fatal,
entre una misteriosa botella de cristal...

Y así una y otra tarde, y así uno y otro año,
sin que asome su indócil cabeza el desengaño...
¡Ay! pero la esperanza concluye haciendo daño.

La esperanza es a modo de un torcedor interno;
y un Purgatorio eterno, peor que el mismo Infierno,
fuese la eterna burla para el dolor eterno...

Tal se enfermó la novia; y enferma no quería
abandonar su sueño. Y acaso hoy estaría,
si no se hubiese muerto, soñando todavía...

Cuando entró en la agonía, mirando la lejana
plenitud de las olas, por entre una ventana,
murmuró únicamente: - Tal vez vendrá mañana.

Mientras que el mar, al son de su eterna canción,
reventaba las olas de peñón en peñón
como un niño que juega con globos de jabón.

LA QUENA

No la flauta del dios, alegre avena
del bosque griego, en que trinar solía:
es flauta cual paloma en agonía
la que en las noches de los Andes suena.

¡Cuán profundo lamento el de la quena!
La quena, en medio de la puna fría,
desenvuelve su larga melodía
más penetrante cuanto más serena.

Desgranando las perlas de su lloro,
a veces hunde el musical lamento
en el hueco de un cántaro sonoro;

y entonces finge, en la nocturna calma,
soplo del alma convertido en viento,
soplo del viento convertido en alma...

LA TIERRA DEL SOL

Al Excmo. Sr. Dr. D. José Pardo y Barreda

I

IMPERIO

Cuarenta mil esclavos abrieron el camino
del Cuzco a Cajamarca, por donde el Inca va:
su padre, el Sol, le alumbra; y el regio peregrino
devora millas, leguas... y siempre más allá.

Cojín le dio una alpaca cual áureo vellocino;
escala hízole el brazo de quechua y aimará:
detuvo el anda; y ágil y firme en su destino,
saltó sobre los hombros en que apoyado está.

Tejiendo muelles danzas las indias van delante;
detrás, van los soldados de aspecto fulgurante;
el Inca, envuelto en oro, simula una visión.

Y sobre aquel camino, que el Sol aviva en llamas,
como lo hiciese un boa de fúlgidas escamas,
se va desenroscando la lenta procesión....

II

CONQUISTA

Los hombres de piel blanca, que a un épico sonoro
aguardan todavía para llenar su rol,
después que en dos le parten su Medialuna al moro,
consiguen con su espada cortar en cruz el Sol.

Sorprenden en las huacas el clásico tesoro;
coronan la alta nieve ceñidos de arrebol;
y lavan las arenas de ese raudal de oro
que ilustra los dominios del césar español.

Unos con otros pugnan por el botín de guerra;
fatigan con sus choques la conquistada tierra;
Pizarro cae encima de estoque criminal...

¡Hasta que en el camino, del Sol a las miradas,
se yerguen dos picotas, en donde ensangrentadas
asoman sus cabezas Gonzalo y Carbajal!

III

COLONIAJE

¡Vale un Perú! -Y el oro corrió como una onda...
¡Vale un Perú! -y las naves lleváronse el metal...
¡Pero quedó esa frase magnífica y redonda,
como una resonante medalla colonial!

Dijérase que el arca de un Creso se desfonda...
¡Oh tiempo de Virreyes, que nunca tuvo igual!
Se abren los ojos claros de la virreina blonda
y hace brillar sus piedras la mitra episcopal.

¿Cúyo el balcón morisco que un púlpito remeda?
¿Quién descolgó la escala de retorcida seda?
¿Cuál paseo, el de sauces, que en el río se ve...?

La Edad de los Virreyes es baile de gran brillo;
y en él, mientras se doblan las basas de un tresillo,
se van desenvolviendo los cuadros de un minué...

IV

REPUBLICA

Por el Canal un día, cual desbandada tropa,
a las incaicas tierras vendrá la inmigración;
y el árbol de sus razas trasplantará la Europa
al bosque en que sus flecos sacude el Marañón.

La sed de las grandezas se saciará en la copa
de esa -que fue El Dorado- fantástica región,
si el tren llega a la margen del río que galopa,
como un titán que empuña la cola de un dragón...

Será el Perú amazónico el pueblo sin rencores,
que enjugará los llantos de todos los dolores
y partirá entre muchos las hostias de su altar;

porque la Raza al borde del Marañón nacida
penetrará cien años en la futura vida,
¡como penetra el río cien leguas en el mar!

LA TRISTEZA DEL INCA

Este era un Inca triste de soñadora frente,
ojos siempre dormidos y sonrisa de hiel,
que recorrió su Imperio buscando inútilmente
a una doncella hermosa y enamorada de él.

Por distraer sus penas, el Inca dio en guerrero:
puso a su tropa en marcha y el broquel requirió;
fue dejando despojos sobre cada sendero;
y las nieves más altas con su sangre manchó.

Tal sus flechas cruzaron invioladas regiones,
en que apenas los ríos se atrevían a entrar;
y tal fue derramando sus heroicas legiones
de la selva a los Andes, de los Andes al mar.

Fue gastando las flechas que tenía en su aljaba,
una vez y otra y otra, de región en región;
porque cuando salía victorioso lograba
levantar la cabeza, pero no el corazón.

Y cansado de sólo levantar la cabeza,
celebró bailes magnos y banquetes sin fin;
pero no logró nada disipar su tristeza:
ni la sangre del choque, ni el licor del festín.

Nadie entraba en el fondo de su espíritu oculto:
ni las cándidas ñustas de dinástico rol,
ni las sciris de Quito consagradas al culto,
ni del Cuzco tampoco las vestales del Sol.

Fue llamado el más viejo sacerdote.
-Adivina
este mal que me aqueja y el remedio del mal-.
Dijo al gran sacerdote, con voz trémula y fina,
aquel joven monarca displicente y sensual.

«¡Ay! señor -dijo el viejo sacerdote-. Tus penas
remediarse no pueden. Tu pasión es mortal.
La mujer que has ideado tiene añil en las venas,

un trigal en los bucles y en la boca un coral.

¡Ay! señor: cierto día vendrán hombres muy blancos
Ha de oírse en los bosques el marcial caracol;
cataratas de sangre colmarán los barrancos;
y entrarán otros dioses en el Templo del Sol.

La mujer que has ideado pertenece a tal raza.
Vanamente la buscas en tu innúmera grey;
y servirte no pueden oración ni amenaza,
porque tiene otra sangre y otro dios y otro rey-.»

Cuando el rito sagrado le mandó optar esposa,
hizo astillas el cetro, con vibrante dolor;
y aquel joven monarca se enterró en una fosa
y pensando en la rubia fue muriendo de amor.

Castellana: tú ignoras todo el mal que me has hecho.
Castellana: recuerda que nací en el Perú.
La tristeza del Inca va llenando mi pecho;
¡y quién sabe... quién sabe si la rubia eres tú!

LA VIDA NÁUFRAGA

Busco, obstinadamente, sólo un metro cuadrado
de tierra, en que los hombres me dejen levantar
una torre muy alta, como nadie ha soñado...
¡Y cuando, al fin, lo encuentro, la vida me echa al mar!

Sólo un metro cuadrado busco de tierra firme...
(Tal el «punto de apoyo» que pidió el sabio aquél):
que en él si no la torre que soñé construirme,
plantarían mis manos un rosal y un laurel.

Cuantas veces me empeño por poner a mi ensueño
una base tranquila, cierta voz dice: -¡Andar!
En vez de árbol que arraiga, soy apenas un leño
condenado al insomnio convulsivo del mar...

Este metro cuadrado que en la tierra he buscado,
vendrá tarde a ser mío. Muerto, al fin, lo tendré...
¡Yo no espero ya ahora más que un metro cuadrado
donde tengan un día que enterrarme de pie!

LAS PUNAS

Silencio y soledad... Nada se mueve...
Apenas, a lo lejos, en hilera,
las vicuñas con rápida carrera
pasan, a modo de una sombra leve.

¿Quién a medir esa extensión se atreve?
Sólo la desplegada cordillera
que se encorva después, a la manera
de un colosal paréntesis de nieve.

Vano será que busque la mirada
alegría de vividos colores,
en la tristeza de la puna helada:

sin mariposas, pájaros, ni flores,
es una inmensidad deshabitada,
como si fuese un alma sin amores...

LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES

A Manuel Bueno

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales...
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

-¡No! No han sido los guerreros solamente,
de corazas y penachos y tizonas y estandartes,
los que hicieron la conquista
de las selvas y los Andes:
los caballos andaluces, cuyos nervios
tienen chispas de la raza voladora de los árabes,
estamparon sus gloriosas herraduras
en los secos pedregales,
en los húmedos pantanos,
en los ríos resonantes,
en las nieves silenciosas,
en las pampas, en las sierras,
en los bosques y en los valles.

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

Un caballo fue el primero,
en los tórridos manglares,
cuando el grupo de Balboa caminaba
despertando las dormidas soledades,
que, de pronto, dio el aviso
del Pacífico Océano, porque ráfagas de aire
al olfato le trajeron
las salinas humedades;
y el caballo de Quesada, que en la cumbre
se detuvo, viendo, al fondo de los valles,
el fuetazo de un torrente
como el gesto de una cólera salvaje,
saludó con un relincho
la sabana interminable...
y bajó, con fácil trote,
los peldaños de los Andes,
cual por unas milenarias escaleras
que crujían bajo el golpe de los cascos musicales...

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

¿Y aquel otro de ancho tórax,
que la testa pone en alto,
cual queriendo ser más grande,
en que Hernán Cortés un día,
caballero sobre estribos rutilantes,
desde México hasta Honduras,
mide leguas y semanas, entre rocas y boscajes?
¡Es más digno de los lauros,
que los potros que galopan en los cánticos triunfales
con que Píndaro celebra las Olímpicas disputas
entre el vuelo de los carros y la fuga de los aires!
Y es más digno todavía
de las Odas inmortales,

el caballo con que Soto diestramente
y tejiendo sus cabriolas como él sabe,
causa asombro, pone espanto, roba fuerzas
y, entre el coro de los indios, sin que nadie
haga un gesto de reproche, llega al trono de Atahualpa
y salpica con espumas las insignias imperiales...

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

El caballo del beduino
que se traga soledades;
el caballo milagroso de San Jorge,
que tritura con sus cascos los dragones infernales;
el de César en las Galias;
el de Aníbal en los Alpes;
el centauro de las clásicas leyendas,
mitad potro, mitad hombre, que galopa sin cansarse
y que sueña sin dormirse
y que flecha los luceros y que corre más que el aire;
todos tienen menos alma;
menos fuerza, menos sangre,
que los épicos caballos andaluces
en las tierras de la Atlántida salvaje,
soportando las fatigas,
las espuelas y las hambres,
bajo el peso de las férreas armaduras
y entre el fleco de los anchos estandartes,
cual desfile de heroísmos coronados
con la gloria de Babieca y el dolor de Rocinante...
En mitad de los fragores
decisivos del combate,
los caballos con sus pechos
arrollaban a los indios y seguían adelante;
y, así, a veces, a los gritos de ¡Santiago!
entre el humo y el fulgor de los metales,
se veía que pasaba, como un sueño,
el caballo del Apóstol a galope por los aires...

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

Se diría una epopeya
de caballos singulares,
que a manera de hipogrifos desalados
o cual río que se cuelga de los Andes,
llegan todos sudorosos,
empolvados, jadeantes,
de unas tierras nunca vistas
a otras tierras conquistables;
y, de súbito, espantados por un cuerno
que se hincha con soplido de huracanes,
dan nerviosos un relincho tan profundo
que parece que quisiera perpetuarse...
y, en las pampas sin confines,
ven las tristes lejanías, y remontan las edades,
y se sienten atraídos por los nuevos horizontes,
se aglomeran, piafan, soplan... y se pierden al escape:
detrás de ellos una nube,
que es la nube de la gloria, se levanta por los aires...

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

NOCTURNO DE LA COPLA CALLEJERA

Tiempo ha quemé mis naves
como el Conquistador,
y me lancé al trajín de la aventura
de un corazón en otro corazón;
pero...
confieso yo
que he tenido también mi noche triste.
¡Oh noche triste en que llorando estoy!

¡Oh noche en que, vagando
por los barrios oscuros de aspecto evocador,
donde en casas humildes sueña el romanticismo
de vírgenes enfermas de Luna y de canción,
me ha interrumpido el paso
una copla escapada por el hueco traidor
de una ventana, a sólo
clavárseme a mitad del corazón!...

Y la copla a mí vino
lanzada, entre el rezongo de un viejo acordeón,
por algún mozalbete presumido
según era el descaro de su engolada voz.

No me llegó la copla redondeada;
no me llegó,
sino algo en que ponía su miel un primer beso
o en que abría su rosa quizá un primer rubor..
Pero...

¡ay de mí! sí estoy
seguro del final que en lo más hondo
su envenenada punta me clavó.
Tales palabras
son:
-«Pienso en aquél que te quiso
antes de quererte yo»--.

Ya que lejos de ti, siéntote acaso
más adentro que nunca de mi amor,
ha venido esta copla destemplada
a destemplar también mi corazón:
yo no he sido el primer hombre que amaste...
No he sido, no,
amor primero de mujer ninguna...
No he despertado en nadie la primera emoción...
No he probado la miel de un primer beso,
ni abrí la rosa de un primer rubor...

¿Comprendes tú qué sangre
lloro en mi noche triste? ¿Comprendes qué canción
es la que me sugiere aquella copla
venida a mí quizá como la voz
que detuvo, camino de Damasco,
también a un pecador?

La primera mujer que amé en la vida,
al oír que la amaba, colérica me huyó;
la segunda mujer, sonrisas tuvo
para mí que antes tuvo para otros tal vez... y luego adiós
díjome desde lo alto de un navío
en que de mí por siempre se alejó;
la tercera mujer no pudo nunca,
desde su ostentación
de estrella, percatarse
de mi apasionamiento de pastor;
una me dio una cita en cierta noche
en que, para burlarme, se murió;

otra me dijo con los ojos algo
que todavía descifrando estoy,
porque en ningunos ojos volví a hallar tal mirada,
con que piadosamente me ha de ver quizá hoy Dios...

Después... téngolo dicho:
he quemado mis naves como el Conquistador
y me he entrado también a sangre y fuego
de un corazón a otro corazón;
y en esta noche triste,
tengo un orgullo sabio, porque no he sido yo
amor primero de mujer ninguna,
pero el último sí: ¡seguro estoy!

Y, así, como amor último que he sido,
de más de una mujer, pienso en tu amor;
y pensando en la copla callejera,
la hago decir con todo mi orgullo indoespañol:

-¡Pienso en aquél que te quiera
después de quererte yo!

NOSTALGIA

Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

Quien vive de prisa no vive de veras:
quien no echa raíces no puede dar frutos.
Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdos ni rastro ninguno,
es triste; y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo.

Quisiera ser árbol mejor que ser ave,
quisiera ser leño mejor que ser humo;
y al viaje que cansa
prefiero el terruño:
la ciudad nativa con sus campanarios,
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisiesen separarse mucho...

Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.
Miro la serpiente de la carretera
que en cada montaña da vueltas a un nudo;
y entonces comprendo que el camino es largo,
que el terreno es brusco,
que la cuesta es ardua,
que el paisaje es mustio...

¡Señor! ya me canso de viajar, ya siento
nostalgia, ya ansío descansar muy junto
de los míos... Todos rodearán mi asiento
para que les diga mis penas y triunfos;
y yo, a la manera del que recorriera
un álbum de cromos, contaré con gusto
las mil y una noches de mis aventuras

y acabaré con esta frase de infortunio:
- ¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

NOTAS DEL ALMA INDÍGENA

Bajo el epígrafe de «Notas del alma indígena», Chocano incluye los siguientes poemas: I. Otra vez será II. ¡Quién, sabe!... III. Ahí, no más y IV. ¡Así será!

OTRA VEZ SERÁ

Quiere casarse el joven indio
con cierta rústica beldad,
a la que vio la vez primera
en el sermón dominical.
Sueña él, por obra del buen cura,
partir con ella lecho y pan.
Ella sonríe dulcemente
a la ilusión matrimonial...
El joven indio acude al Amo,
con la esperanza de lograr
préstamo que haga realidades
las fantasías de su afán;
y el Amo, entonces, sordo al ruego,
consejos múltiples le da,
más el dinero no, que en vano
se le promete reembolsar.
Ante la brusca negativa,
el joven indio vuelve en paz
a su trabajo, así diciéndose:
- Otra vez será...

Vuelve al trabajo el joven indio...
En lluvia y sol confiado está,
para ir al cura en son de bodas
cuando coseche su maizal.
La amada espera... espera... espera,
hila que hila sin cesar:
da a un huso vueltas en sus manos
y en sus suspiros a un afán...
Cuenta él los meses que le faltan
para ponerse a cosechar...
Mas lluvia y sol se han conjurado
¡qué despiadada sequedad!
No cae lluvia... Sopla un frío
viento de muerte... Empieza a helar...
El joven indio imperturbable,
ve la cosecha salir mal,
y se consuela, así diciéndose:
- Otra vez será...

La bella india rompe el hilo,
de su paciencia: ya no está
en el rincón de la esperanza,
haciendo al huso vueltas dar...
¿Con algún hijo fue del Amo
que huyó la mística beldad?
Desvanecida el joven indio
ve su ilusión matrimonial;
y, con orgullo que de todos
su desgracia hace respetar,
piensa en que, al fin, para casarse
días mejores llegarán
y se sonríe, así diciéndose:

- Otra vez será...

¡Oh, raza altiva y desdeñosa,
bajo apariencias de humildad!
Nunca el fracaso la acobarda,
nunca el pavor la hace temblar,
nunca la cólera contrae
un solo músculo en su faz...
Una sútil filosofía
suele en su espíritu filtrar
la tenue luz de una esperanza
por entre la oscuridad...
No hay un dolor que la anonade,
ni una catástrofe capaz
de remover trágicamente
su varonil serenidad...
La raza espera... espera... espera...
hila que hila sin cesar.

Es por la sangre de tal raza
que en todo trance soy igual...
Cuando yo vea que mi ensueño
no se hace alegre realidad,
cuando yo note que escasean
en mis manteles vino y pan,
cuando mi esfuerzo se quebrante,
cuando se trunque mi ideal,
cuando la lira entre mis manos
quiera negarse a resonar,
sin darme nunca por vencido,
ni arrepentirme de mi afán,
sólo diré tranquilamente:
- Otra vez será...

¡QUIÉN SABE!...

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión:
¿para mi sed no tienes agua?
¿para mi frío, cobertor?
¿parco maíz para mi hambre?
¿para mi sueño, mal rincón?
¿breve quietud para mi andanza?...
- ¡Quién sabe, señor!

Indio que labras con fatiga
tierras que de otros dueños son:
¿ignoras tú que deben tuyas
ser, por tu sangre y tu sudor?
¿ignoras tú que audaz codicia,
siglos atrás, te las quitó?
¿ignoras tú que eres el Amo?...
- ¡Quién sabe, señor!

Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor:
¿qué pensamiento es el que escondes
en tu enigmática expresión?
¿qué es lo que buscas en tu vida?
¿qué es lo que imploras a tu Dios?
¿qué es lo que sueña tu silencio?...
- ¡Quién, sabe, señor!

¡Oh, raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón,

que sin gozar ves la alegría
y sin sufrir ves el dolor:
eres augusta como el Ande,
el grande Océano y el Sol!
Ese tu gesto que parece
como de vil resignación
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor...

Corre en mis venas sangre tuya,
y, por tal sangre, si mi Dios
me interrogase qué prefiero
-cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros
o hiel que colme mi canción-,
responderíale dudando:
- ¡Quién sabe, señor!

AHÍ, NO MÁS

-Indio que a pie vienes de lejos
(y tan de lejos que quizás
te envejeciste en el camino,
y aún no concluyes de llegar...)
Detén un punto el fácil trote
bajo la carga de tu afán,
que te hace ver siempre la tierra
(en que reinabas siglos ha);
y dime, en gracia a la fatiga,
¿en dónde queda la ciudad?
Señala el Indio un ágil cumbre,
que a mi esperanza cerca está;
y me responde, sonriendo:
-Ahí, no más...

Espoleado echo al galope
mi corcel; y una eternidad
se me desdobla en el camino...
Llego a la cuesta: un pedregal
en que monótonos los cascos
del corcel ponen sus chischás...
Gano la cumbre; y, por fin, ¿qué hallo?
Aridez, frío y soledad...
Ante esta cumbre, hay otra cumbre;
y después de ésa, ¿otra no habrá?
-Indio que vives en las rocas
de las alturas y que estás
lejos del valle y las falacias
que la molicie urde sensual,
¿quieres decirle a mi fatiga
en dónde queda la ciudad?-
El Indio asómase a la puerta
de su palacio señorial,
hecho de pajas que el Sol dora
y que desfleca el huracán;
y me responde, sonriendo:
-Antes un río hay que pasar...
-¿Y queda lejos ese río?...
-Ahí, no más...

Trepo una cumbre y otra cumbre
y otra... Amplio valle duerme en paz;
y sobre el verde fondo, un río
dibuja su S de cristal.
-Este es el río; pero ¿en dónde,
en dónde queda la ciudad?-

Indio que sube de aquel valle,
oye mi queja y, al pasar,
deja caer estas palabras:
-Ahí, no más...

¡Oh, Raza fuerte en la tristeza,
perseverante en el afán,
que no conoces la fatiga
ni la extorsión del «más allá».
-Ahí, no más... -encuentras siempre
cuanto deseas encontrar;
y, así, se siente, en lo profundo
de ese desprecio con que das
sabia ironía a las distancias,
una emoción de Eternidad...

Yo aprendo en ti -lo que me es fácil,
pues tengo el título ancestral-
a hacer de toda lejanía
un horizonte familiar;
y en adelante, cuando busque
un remotísimo ideal,
cuando persiga un loco ensueño,
cuando prepare un vuelo audaz,
si adonde voy se me pregunta,
ya sé que debo contestar,
sin medir tiempos ni distancias:
-Ahí, no más...

¡ASÍ SERÁ!

El joven indio comparece
ante el ceñudo capataz.
-Tu padre ha muerto; y, como sabes,
en contra tuya y en pie están
deudas, que tú con tu trabajo
tal vez no llegues a pagar...
Desde mañana, como es justo,
rebajaremos tu jornal.
El joven indio abre los ojos
llenos de trágica humedad;
y, con un gesto displicente
que no se puede penetrar,
dice, ensayando una sonrisa:
- Así será...

Clarín de guerra pide sangre.
Truena la voz del Capitán:
-Indio: ¡a las filas! Blande tu arma
hasta morir o hasta triunfar.
Tras la batalla, si es que mueres,
nadie de ti se acordará;
pero si, en cambio, el triunfo alcanzas,
te haré en mis tierras trabajar...
No me preguntes por qué luchas,
ni me preguntes dónde vas-.
Dócil el indio entra en las filas
como un autómata marcial;
y sólo dice, gravemente:
- Así será...

Mujer del indio: en ti los ojos
un día pone blanco audaz.
Charco de sangre... Hombre por tierra...
Junto al cadáver, un puñal...
Y luego el Juez increpa al indio,
que se sonríe sin temblar:

-Quien como tú con hierro mata,
con hierro muere. ¡Morirás! -
Pone un relámpago en su ojos
turbios, el indio; y, con la faz
vuelta a los cielos, dice apenas:
- Así será...

¡Oh, raza firme como un árbol
que no se agobia al huracán,
que no se queja bajo el hacha
y que se impone al pedregal!
Raza que sufre su tormento
sin que se le oiga lamentar.
(¿Rompió en sollozos Atahualpa?...
¿Guatimozín?... ¿Caupolicán?...)
El «Dios lo quiere» de los moros
suena como este «Así será»...
¿Resignación? Antes orgullo
de quien se siente valer más
que la fortuna caprichosa
y que la humana crueldad...

Un filosófico desprecio
hacia el dolor acaso da
la herencia indígena a mi sangre,
pronta a fluir sin protestar;
y cada vez que la torpeza
de la Fortuna huye a mi afán,
y crueldades harto humanas
niéganle el paso a mi Ideal,
y hasta la Vida me asegura
que nada tengo que esperar,
dueño yo siempre de mí mismo
y superior al bien y al mal,
digo, encogiéndome de hombros:
- Así será...

PANDERETA

A Francisco Villaespesa

Madre Andalucía, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante son:
es a ti a quien debo, madre Andalucía,
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón.

Río con tus risas, peno con tus penas:
sangre de tu sangre corre por mis venas,
que si soy de Lima tú has estado allá,
y desde la altura de esa Edad remota,
viene a mí tu sangre cual si fuese gota
que por cuatro siglos destilando está.

Amo tus balcones llenos de macetas
y las coplas tristes con que tus poetas
pulsan la guitarra y hacen el amor:
la sospecha muda, la venganza mora,
el galán furtivo, la mujer traidora
y el puñal desnudo de su matador.

Amo las corridas de tus bravos toros,
en que los cohetes de ímpetus sonoros
mienten en el cielo rúbricas de luz;
y en que los toreros, todos relumbrantes,

hunden con el puño, lleno de diamantes,
los estoques hasta la sangrienta cruz.

Amo la elegancia de tus bandoleros,
una mitad zafios y otra caballeros,
que el orgullo sienten de su propio rol:
tal es cómo a veces diez cabalgaduras
trotan por tus sierras y por tus llanuras,
bajo el peso a plomo de aplastante sol.

Amo el regocijo de tus zambras locas,
en que los claveles ríen como bocas
y el dorado vino baila en el cristal;
y en que esbelta maja, de sensual donaire,
desenrosca un tango... y echa por el aire
frescos puñaditos de menuda sal.

Madre Andalucía, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante son:
es a ti a quien debo, madre Andalucía,
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón.

PLEGARIA LÍRICA

A Santa Rosa de Lima.

Santa Rosa de Lima, que atormentadamente
tus favores sepultas en umbroso rincón,
¿por qué las mismas rosas que ciñes a tu frente
sus espinas me clavan dentro del corazón?

Tal vez sientes el propio dolor de quien un día
en tu Rímac nativo vio la primera luz:
la oración de tus labios se hace en mí poesía
y en mi espada de lucha se perfila tu cruz.

Santa Rosa de Lima, tú que naciste Santa
en la ciudad en donde poeta nací yo:
haz que tu flor perfume, mientras mi musa canta.
Canto y perfume vienen de un tiempo que pasó.

Cuando sufrí, años hace, mal de literatura,
la sala de lectura donde a diario acudí,
me ofreció, en un gran cuadro, pintada tu figura:
y lo que no en los libros, pude encontrar en ti.

Eres tú blanda al ruego, yo sordo a la amenaza;
tú serenas los odios y yo exalto el amor.
Entre tú y yo sumamos la virtud de la Raza:
éxtasis y tumulto, misticismo y fragor.

¡Oh, Patrona de América: abre el piadoso manto,
para que en él refugien veinte pueblos su fe!...
Yo sobre veinte pueblos hago volar mi canto...
¡Ponlos tú de rodillas; yo los quiero de pie!

PROFESIÓN DE FE

Es el poeta altanero
quien debe romper el yugo:
siempre al cantar Víctor Hugo
tembló Napoleón Tercero.

Tirteo, vate y guerrero,
si en la canción se levanta,
en la lid crece y espanta;
y ante el que le ve y escucha,
es un poeta que lucha
y es un guerrero que canta...

Tal vez entre mi palabra
palpita un mundo en embrión:
¿acaso sabe el botón
lo que valdrá cuando se abra?
Mi canto es hierro que labra
para la nueva simiente...
¿Quién sabe lo que latente
en cada frase se encierra?
La sola palabra «¡Tierra!»
vale por un continente.

Tal vez mi destino extraño
hará que, en brutal empeño,
lado a lado con el sueño
se acurruque el desengaño.
No importa sufrir el daño,
si el alma crece en vigor;
que en las luchas del dolor
todo es limpio y fulgurante,
¡y brilla más que un diamante
una gota de sudor!

El dolor cuanto más fiero
más fuerte da al que traspasa:
es preciso de la brasa
para templar el acero...
Tiene el triunfo verdadero
en el dolor su sostén.
De las sombras nace el bien
y del dolor brota luz;
¡más vale un Cristo en la Cruz
que entrando a Jerusalén!

Por ley de inercia, la Historia
siempre brinda al Redentor
tras el ideal, el dolor,
y tras el dolor, la gloria.
Cae el diamante en la escoria,
mas no pierde su chispeo...
Siempre el poeta es un reo;
y siempre halla, en su arrebato,
tras la paloma de Erato,
el buitre de Prometeo.

El que a lo alto sube ciego,
siéntese atraído al sol:
es mi alma como un crisol
que se alimenta de fuego.
Así, cuando anciano luego
vea las empíreas alas,
el recuerdo de mis galas
brotará potente y grave;
¡yo moriré como el ave,
batiendo siempre las alas!

SENO DE REINA

Era una reina hispana. No sé ni quién sería,
ni cuál su egregio nombre, ni cómo su linaje:

sé apenas la elegancia con que de su carruaje
saltó, al oír a un niño que en un rincón gemía.

Y dijo: -¿por qué llora?- La tarde estaba fría;
y el niño estaba hambriento. La reina abrióse el traje;
y le dio el seno blanco por entre el blanco encaje,
como lo hubiese hecho Santa Isabel de Hungría.

Es gloria de la estirpe la que le dio su pecho
a aquel hambriento niño, que acaso sentiría
más tarde un misterioso dinástico derecho;

y es gloria de la estirpe, porque ese amor fecundo
con que la reina al niño, le dio su seno un día,
¡fue el mismo con que España le dio su seno a un mundo!

SERENAMENTE

Cuantos me han calumniado
y me han escarnecido
dieron tal magnitud a mi pecado,
que me duele el no haberlo cometido...

Si grande la aventura,
bendigo yo la trama
en que se urde el afán de la impostura,
que sólo es el reverso de la fama.

Podré lanzar un grito
o hacer un loco alarde;
mas bajo el peso de cualquier delito,
¿justificarme yo? ¡Fuera cobarde!

¿Me echarán en olvido
porque mi lengua calla?...
Nada importa vencer ni ser vencido:
lo que importa es ser grande en la batalla.

Bajé desde mis cumbres
a pastorear las greyes
no «contra» sino «sobre» las cumbres,
que hay que violar para engendrar las leyes.

Mi espíritu se ufana,
porque una chispa encierra
de la luz de una estrella tan lejana
que no se puede ver desde la Tierra...

SOL Y LUNA

Entre las manos de mi madre anciana
la cabellera de su nieto brilla:
es puñado de trigo, áurea gavilla,
oro de sol robado a la mañana...

Luce mi madre en tanto -espuma vana
que la ola del tiempo echó a la orilla-,
a modo de una hostia sin mancilla,
su relumbrante cabellera cana...

Grupo de plata y oro, que en derroches
colmas mi corazón de regocijo,
no importa nada que el rencor me ladre;

porque para mis días y mis noches,
¡tengo el Sol en los bucles de mi hijo
y la Luna en las canas de mi madre!

TRÍPTICO HEROICO

I. Caupolicán

Ya todos los caciques probaron el madero.
-«¿Quién falta?», -y la respuesta fue un arrogante: -«¡Yo!»
-«¡Yo!», -dijo; y, en la forma de una visión de Homero,
del fondo de los bosques Caupolicán surgió.

Echóse el tronco encima, con ademán ligero,
y estremecerse pudo, pero doblarse no.
Bajo sus pies, tres días crujir hizo el sendero;
y estuvo andando... andando... y andando se durmió,

Anduvo, así, dormido, vio en sueños al verdugo:
él muerto sobre un tronco, su raza con el yugo,
inútil todo esfuerzo y el mundo siempre igual.

Por eso, al tercer día de andar por valle y sierra,
el tronco alzó en los aires y lo clavó en la tierra
¡como si el tronco fuese su mismo pedestal!

II. Cuauhtémoc

Solemnemente triste fue Cuauhtémoc. Un día
un grupo de hombres blancos se abalanzó hasta él;
y mientras que el Imperio de tal se sorprendía
el arcabuz llenaba de huecos el broquel.

Preso quedó; y el Indio, que nunca sonreía,
una sonrisa tuvo que se deshizo en hiel.
-¿En dónde está el tesoro?- clamó la vocería;
y respondió un silencio más grande que el tropel...

Llegó el tormento... Y alguien de la imperial nobleza
quejóse. El héroe díjole, irguiendo la cabeza:
-¡Mi lecho no es de rosas! Y se volvió a callar.

En tanto, al retostarle los pies, chirriaba el fuego,
que se agitaba a modo de balbuciente ruego,
¡porque se hacía lenguas como queriendo hablar!

III. Ollanta

Contra el Imperio un día su espíritu levanta;
afila en los peñascos su espada y su rencor;
el nudo de un sollozo retuerce en la garganta,
y jura, en un gran charco de sangre hundir su amor.

Huye, de risco en risco, con trepadora planta;
impone en una cumbre su nido de condor;
y entre una fortaleza diez años lucha Ollanta,
que son para su ñusta diez siglos de dolor...

Amó a la sacra hija del Inca, en el misterio:
cuando el Señor lo supo, se estremeció el imperio,

cayó la ñusta en tierra e irguióse el paladín.

Después, vino otro Inca que le llamó su hermano;
¡Y tras de tanta sangre, no derramada en vano,
sólo quedó la nieve teñida de carmín!